

A. ESCANCIANO


FLOR DE
ESPINO
POESÍAS

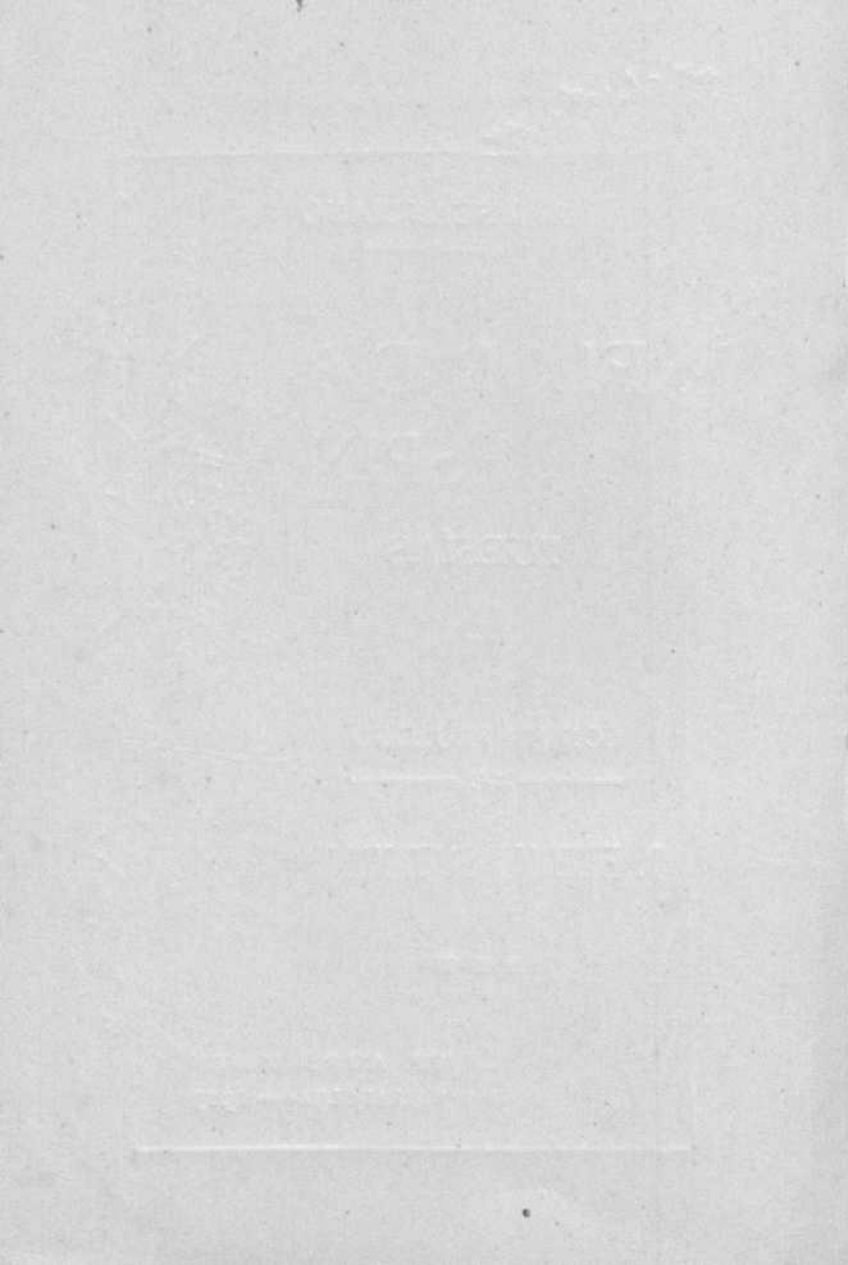
CON UN PRÓLOGO

DE

D. FEDERICO SANTANDER

TIP. ANDRÉS MARTÍN
VALLADOLID — 1923





FLOR
DE
ESPINO

T. 171286 c. 1222261



A. ESCANCIANO

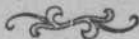
FLOR DE
ESPINO

POESÍAS

CON UN PRÓLOGO

— DE —

D. FEDERICO SANTANDER



TIP. ANDRÉS MARTÍN

VALLADOLID — 1923



PRÓLOGO

No deja de ser extraño el que un poeta acuda en demanda de un prólogo al único entre todos los escritores españoles que no ha compuesto ni se cree capaz de componer jamás una sola estrofa. Ello indica en don Antonio Escanciano, como en otros poetas que me hicieron oficial de presentador y padrino, un exceso de bondad y de cariño al que no fuera discreto corresponder con una negativa.

Queda, pues, al aceptar el encargo, declarada mi absoluta incapacidad para la rima. Escribir versos es labor tan superior a mis facultades, como sostenerme en una bicicleta o dirigir un centenar de músicos con un palito de ébano; el poeta se presenta a mis ojos, al igual que el ciclista y el director de orquesta, dotado de un poder maravilloso y taumatúrgico. Por lo que un libro de versos es para mí algo misterioso y excelso, que me inspira cierto temor reverencial.

Este que el señor Escanciano publica con el título de FLOR DE ESPINO, tiene, entre otras cualidades esti-

mables, un sabor de ingenuidad que le hace merecedor de muy efusivas simpatías. El señor Escanciano ha sabido ser sencillo. Y la sencillez,—doblemente digna de elogio porque es, mirando al ultramundo, una virtud, y mirando al mundo, una elegancia,—debe sublimarse al grado de lo extraordinario y de lo heroico en estos momentos de pedantería y barroquismo.

¿Ha sentido este poeta las tentaciones de la extravagancia y las ha resistido? ¿Se ha visto venturosamente libre de ellas, por mantener su espíritu en dulce y dichoso estado de inocencia, ignorante de los pecados contra la estética, de las perversidades del gusto que a tantos rimadores de hoy arrastran a la condenación? En el primer caso el autor de FLOR DE ESPINO, merece ser admirado por su fortaleza, en el segundo, envidiado por su suerte, y en ambos felicitado, porque sus versos se hallan a salvo de contaminaciones peligrosas.

De todas las influencias que hayan podido pesar sobre el señor Escanciano, la más visible es la del llorado Gabriel y Galán; la sombra prócer del inmortal poeta de El ama se proyecta sobre el volumen FLOR DE ESPINO, y muy señaladamente sobre aquellas composiciones que acusan mayor sentimiento y perfección. Así Yo quisiera tener una niña es una acertada glosa

de El Cristu benditu, y la historia de Basilio el «cbrero de los montes de León», bellamente concebida y más bellamente relatada, recuerda la de tantos montaraces, vaquerillos y zagales, como nos hizo conocer, y querer, el inmortal vate salmantino.

Demuestra con ello el señor Escanciano que sabe elegir sus modelos y ser fiel a ellos, con una fidelidad no frecuente en estos tiempos de rebeldía, en que todo novel quiere adquirir categoría de maestro con solo su obra primogénita, y en que aspiran a «romper moldes» los que por su edad debieran conformarse con romper cascarnes. Y agrega una nueva y rara virtud, humildad, a las muchas que se reflejan en su libro, espejo de un espíritu recto y bondadoso, enamorado de la belleza, sensible a los encantos de la creación y a los dolores de los hombres, y que prefiere expresar sinceramente sus emociones interiores a disfrazarlas bajo los artificios de la técnica o violentarlas y traicionarlas por lograr la originalidad.

¿No es todo esto más que suficiente para que el libro sea saludado con palabras de aliento, aplauso y parabién?

Federico Santander

Valladolid, Marzo de 1923.

A MI LIBRO

¿Dónde vas, pobre errante y peregrino,
Hijo de mi ilusión, flor delicada?
¿No ves que es muy penosa la jornada,
Y está lleno de espinas el camino?

Son muy tiernas tus alas todavía,
Jilguerillo de amor de mis jardines,
Y te saldrán al paso los malsines
En medio de la vía.

Vas a emprender tu viaje
Sólo, desprevenido;
Si al menos tu plumaje
Fuera alegre, vistoso, relumbrante,
Te pudiera decir:—El caro nido,
Es hora de dejar ¡sigue adelante!

Yo, que te di mi corazón entero
Cuando en el seno del hogar dichoso

Conmigo estabas, hoy que presuroso
 Te lanzas al sendero
 De la vida, si al menos animoso
 Te acariciara un viento lisonjero,
 Que te abriera las puertas de la fama,
 Te dejara volar con alegría;
 Pero mi pecho con dolor exclama:
 —¿Habrá un alma, que sienta de la mía
 Al unisono?—Acaso
 Encontrarás algunas a tu paso.
 Mira, si las hallares,
 Cántales tus cantares.

¡Feliz tú si lograras que tu acento
 Suspendiera un momento
 El dolor de las almas laceradas
 Con el suave dulzor de tus tonadas!

Mas, no; que ya sospecho
 Que vendrán dirigidas a tu pecho
 Las saetas de crítica severa,
 Y en negra sangre mancharán tus plumas,
 ¡Que de su saña fiera
 No podrás escaparte! No presumas
 Ser tú más venturoso

Que otros, que con plumaje más pomposo
Volaron por los campos de la gloria,
En busca de coronas y laureles;
Y, en vez de la victoria,
¡Qué martirios crüeles
Tuvieron que sufrir! ¡Cuántos ha habido
Que emprendieron el vuelo vanidosos,
Y han vuelto arrepentidos y llorosos
De haber abandonado el dulce nido!
Deja que otros cantores más egregios
Modulen sus arpegios
En las floridas góticas ventanas
De damas cortesanas,
O en los salones regios.

Con que los trinos de tu voz sencilla
Rueden por las llanuras de Castilla
¡Muéstrate satisfecho!
Que bien pago serás si a la ventana
Llegas de alguna hidalga castellana,
Y logras en su pecho
Despertar ilusiones amorosas.

Ve a posarte en sus manos delicadas
Que tendrán el perfume de las rosas,

Y en las horas ociosas
Cántale tus tonadas.

Dí que te ponga un lazo
De cintas encarnadas,
Símbolo del amor; y en su regazo
Entreteje tu nido
Con los hilillos de oro de un ensueño,
Junto a su seno túrgido y florido.

Recítale las ansias de tu dueño,
Y dile:—Lindo nardo,
Envidia de las flores,
¡No te olvides que un pobre y triste bardo,
Va por el mundo mendigando amores!

FLOR DE ESPINO

Soy pájaro peregrino
sobre la flor de un espino,
que canto en mi soledad,
a la orilla del camino,
mi amor y mi libertad.

Miro con loca ilusión
deslizar las cosas bellas
que dan alma a mi canción;
más ¡ay! me llevan con ellas
pedazos del corazón;

que, aquí, posado en mi rama
con sus flores olorosas,
mezclo del amor la llama
que mi corazón inflama
con el amor de las cosas;

la selva, el prado, la fuente,

linfas, auras, vientos, mar,
del sol el disco fulgente,
el cielo azul, transparente,
de la luna el rielar,

el cordero balador,
el dulce hogar y la esposa,
la alegría y el dolor,
el niño y la mariposa:
¡todo lo abarca mi amor!

Que hay en mi pecho una lira
con fibras del corazón,
que dulcemente suspira,
o en sus ensueños delira
bajo fogosa pasión.

Y en tanto, por mi destino
lanzado a la soledad,
canto a orillas del camino,
sobre la flor del espino,
mi amor y mi libertad.

ASPIRACIONES

Quis mihi dabit pennas?

¡Quién me diera del águila las alas,
de este cuerpo mortal romper la esfera,
y en suave y raudo vuelo
desprenderme del lodo de la tierra,
llegar a las regiones de las nubes,
sentarme en la más bella,
en aquella que el sol poniente dora
de nácar y de perla;
ver girar a mis plantas este mundo
de falacia y miseria,
do se afanan los miseros mortales
por un soplo de gloria pasagera!

Yo quisiera llegar hasta la luna,
bañarme en su luz bella,
y en la celeste bóveda sentado
ver rodar las estrellas;
sorprender los encantos de la aurora,

dónde encierra sus galas primavera,
y ver el sol del mar entre las ondas
surgir con luz espléndida.

¡Oh puro y vago cielo,
mansión de los espíritus que sueñan,
que cruzando las sendas de la vida
no posan en la tierra;
inmenso mar, en cuyas ondas de oro
se bañan los poetas;
pura región de luz, do Amor anida,
donde virtud impera,
do no empañan el alma los vapores
ni el polvo de la tierra;
do no llegan el Dolo y la Mentira,
donde Verdad es reina!

¡Feliz el que en las alas del deseo
traspasa la alta esfera
dejando atrás las nubes nacaradas,
la luna y su luz bella,
ve rodar a sus plantas los luceros
y a las mansiones llega
donde el alma, de luz y amor bañada,
en la región del cielo sola sueña!

MI MUSA

Siento anhelos mortales de gloria,
siento un ansia mortal de gozar,
de luz y de vida,
de amor y de paz,
que mi alma sedienta se abrasa
y no puede su sed mitigar.

Busco rosas y flores y aromas
¡me quiero embriagar!
y recorro la vida jadeante
y me muero en deseos de hallar
una musa, que inspire mis versos,
y que haga vibrar

de mi lira las cuerdas sonoras...

¡que me haga cantar!...
¡que a mi alma sedienta de amores
devuelva la paz!
¡que mi pecho en latidos ardientes
haga palpitar!

Miro al sol ¡y quisiera en sus rayos

mi alma abrasar!
miro al águila rauda en los aires...
¡y quiero volar!...
miro al río, que en loca carrera
se lanza a la mar,
¡y quisiera seguirle en su curso
a un abismo de eterno gozar!
Voy al bosque, y conjuro a la alondra
me enseñe a cantar,
y a la luna, en sus pálidos rayos
mi frente bañar,
y conjuro a las selvas y fuentes
y al aire y al mar
¡yo su dulce y secreta armonía
quiero arrebatarse!...
¡quiero música, luz y colores! ,
¡quiero amar y gozar y cantar!
¡quiero ansioso, y suspiro y me muero
del ansia mortal
de saciar mis anhelos de gloria,
de amor y de paz!
Pero el águila, el sol, ni la luna,
ni el bosque, ni el mar
no me inspiran, que tú eres mi musa,
mujer sin igual;

tú eres sol, que en divinos fulgores
me viene a bañar;
eres fuente de goces sinceros,
eres luz, eres flor, eres mar.

¡Vente, pues, ven a mí, musa mía
ven, ven a saciar
esta sed que me abrasa, este anhelo
de querer, de sentir, de gozar,
de mis ansias mortales de amores...
porque solo nací para amar!...

:-: YO QUISIERA :-:
TENER UNA NIÑA

I

¡Yo quisiera tener una niña
de rubios cabellos,
que ya balbuciera
con sus labios tiernos
el nombre de padre,
que me diera besos,
que jugara sentada en mis piernas,
que en sus ojos negros
reflejen los míos
mirándose en ellos;
que no me cansara
contemplando su cara de cielo,
su boca chiquita,
sus labios bermejos,
sus carrillos de ángel,
su rizado pelo,

su límpida frente
cual lago sereno,
cuya faz aun no cruzan ni arrugan
maléficos vientos:
pensares sombríos,
dolores acerbos..!

Yo quisiera tener una niña,
que, cuando hace bueno,
en el Campo Grande
saltando y corriendo,
pareciera una rosa de Mayo,
que en cándidos juegos
alegre amenice
sus largos paseos...

¡Yo quisiera tener una niña..!
cuando fuera viejo
y ella fuera una joven lozana,
conservara fresco
el perfume sagrado de rosa,
que exhala su seno;
que viera en su frente
brillar el reflejo
de la paz de un alma

que tiene en el cielo
la mirada fija,
fijo el pensamiento;
que fuera inocente
cual niño de pecho;
que en silencio en su alma leyera
sus amores tiernos;
sus castos pensares
salieran bullendo
moviendo sūaves
sus labios bermejos,
que mi frente rozando tranquilos
me dieran un beso,
y en el beso el alma:
como besa el céfiro
los rojos claveles
que engalanan ufanos mi huerto;
que hasta mis mejillas
llegara su aliento,
como el ala del angel custodio
que vela mi sueño,
rozándome suave
sentado en mi lecho;
que fuera mi todo,
que fuera mi centro

donde mi corazón derramara
todos sus afectos,
como en vaso de oro
bajado del cielo...

Yo quisiera tener una hija
de rubios cabellos
y boca chiquita
y labios bermejos,
que cuando me tienda
la muerte en el lecho,
me cierre los ojos
con cálidos besos,
y toda su alma
con ellos vertiendo,
sea el angel custodio, que vele
mis sueños eternos...
¡que pudiera después de su muerte...
besarla en el cielo..!

II

Mas... no se oyen los trinos alegres
de mis ilusiones soñando ternezas,
que cantaban allá en otros tiempos
de mi alma en la fresca alameda.

Ya no canto frondosos jardines,
ya no entono fontanas risueñas,

ni campos floridos,

ni verdes praderas,

ni canoras aves,

ni plácidas selvas;

han perdido sus gracias las flores,

su perfume la humilde violeta,

que es la vida monótona y triste,

no viendo a mi vera

una flor, que exhale

fragancia y ternezas,

que fuera el retrato

de mi dulce y gentil compañera.

La gracia más pura,

la flor más amena

que engalana el jardín de la vida

y es su dulce y más grata belleza,
es un parvulito
cual capullo de rosa aun no abierta.

Nada agrada tanto,
ni tanto embelesa
como ver cuando el niño se lanza
buscando la teta,
que enarca los labios
que gime, que brega
y le da golpecitos süaves
con su mano de nácar y cera;
o bien que reclina
su rubia cabeza
en el cálido y blando regazo
de su madre tierna.

¡Déjale que mame..!
¡Déjale que duerma..!
¡Mira cómo ríe..!
¡Parece que juega
con los angelitos..!
Mas, no... ¡mi alma sueña!
¡yo no tengo niños,
y se encuentra sin flores mi huerta!

Cuando por la noche,
al rodar de las horas serenas,
se transporta el alma
a regiones de luz y de estrellas,
parece que grita
con todas sus fuerzas:
¡Dios mío! ¡Dios mío!
¡que venga! ¡que venga
una flor a lo menos, un ángel,
a llenar de perfumes mi huerta..!

Y entonces mi alma
sentiráse de nuevo poeta,
que cante las flores,
los prados, las selvas
y reviva de mis ilusiones
la fresca alameda.

EL NIÑO

Es el jardín de la infancia
plantel de rosas y flores,
que alegra con sus colores
y embriaga con su fragancia
el hogar y sus amores.

Es el niño un aura pura,
en cuyas alas ligeras
va volando la frescura
que nos templó la amargura
en las edades postreras.

Es el niño blanca aurora
que abre su frente a la vida,
esperanza halagadora
de una época soñadora
que ya lloramos perdida.

Es el niño franca risa

en cuyos labios rosados
blandamente se divisa
el mecerse de la brisa
en las flores de los prados.

Blanca es el alma del niño,
pura su frente infantil
como las auras de abril,
como la piel del armiño,
como el lirio del pensil,

como florida colina
de claro arroyo vecina,
como risueña mañana,
como el agua cristalina
de juguetona fontana.

Es el niño luz fulgente
que desde el cielo ha bajado,
es un ángel desterrado,
que no lleva en su alba frente
ni la sombra de pecado.

¡Ay de aquel que pretendiera
mitigar la llama pura,

que en su frente reverbera,
y macular la blancura
de tan fresca primavera!

¡Guay del misero, que un día
venga a enturbiar la alegría
de los reyes del hogar!...
¡mucho mejor le valdría
lanzarse al fondo del mar!...

¿Véis ese gran general,
que en alas de un ideal
hacia la conquista vuela,
y vuelve en carro triunfal?
Pues fué niño de la escuela.

Y aquel insigne orador,
y ese celoso pastor
que su grey constante vela,
y ese sublime escritor
fueron niños de la escuela...

Vos, que tenéis la misión
de cultivar el clavel
de su hermoso corazón

ved de conservar en él
de la fe el precioso don;

que si sabéis dirigir
estos tiernos arbolitos
que ahora se empiezan a abrir,
un día han de producir
frutos sanos y benditos.

A ellos la patria adorada
deberá, y la religión,
el verse regenerada
y con los frutos ornada
de su hermoso corazón.....

¡Niños! que formáis un coro
de pájaros juguetones,
aumentad vuestro tesoro,
y llenad los vasos de oro,
que son vuestros corazones.

Y, si al salir de la escuela
alza el mal sus barricadas,
dirigid vuestras miradas,
como el águila que vuela,
hacia las nubes doradas:

Según dicta la experiencia
estriba toda la ciencia
de vivir en este suelo
con la mano... ¡en la conciencia!
y la mirada... ¡en el cielo!...

LA CAMPANA

Amanece. Apacible
y alegre la mañana.
Vibrante una campana
entona su cantar.

Vistosa comitiva
acude a su sonido
con un recién nacido:
¡le van a bautizar!

El día está radiante
de luz y de colores;
resuena en los alcores
el recio repicar.

Vistosa comitiva
a un joven acompaña;
el gozo de su alma baña:
¡se acaba de casar!

Tarde gris. La campana

difunde por los vientos
sus lúgubres acentos
en triste repicar.

Llorosa comitiva
sale del camposanto
presa de amargo llanto:
¡le acaban de enterrar!

Campana, suspendida
entre el cielo y la tierra
¡qué misterios encierra
tu lengua de metal,
que un himno de alegrías
me entonas al nacer,
y luego al fallecer
un canto funeral!

BASILIO

BASILIO

I

Era Basilio un cabrero
de los montes de León,
robusto mozo, soltero,
y aunque montaraz, sincero
y de mucho corazón.

Abajo en el hondo valle
se tropezó una mañana
con una gentil serrana,
morena, de esbelto talle,
risueña, fresca y lozana.

Ella siguió sin parar
mirándole de soslayo;
pero él sintió penetrar
del amor el primer rayo
que el alma vino a inflamar.

Y se volvió a su majada
cambiado en un nuevo ser
con el alma iluminada,
más risueño que alborada
cuando empieza a amanecer...

¡Qué delicioso está el día!
¡qué puro y grato el ambiente!
y en el bosque ¡qué armonía!
¡qué rumor tiene la fuente!
y el corazón ¡qué alegría!

¡Qué visión halagadora
para un alma soñadora,
si la gentil aldeana
una dichosa mañana
llegara a ser su pastora!

¡Qué radiante estaba el mozo
en su querida majada!
no era un alma abandonada
¡le acompañaba en su chozo
una imagen adorada!

Hasta el bravo Carbonel,

mastín de zarpa de acero,
se sentaba zalamero
cuando al son de su rabel
rompió a cantar el cabrero.

Y dicen que no durmió
aquella noche como antes;
algo sí se entreveló,
y en sus ensueños soñó...
¡lo que sueñan los amantes..!

Bien ignoraba Basilio
que en cuestiones amorosas,
si hay dos almas ardorosas,
se empieza por un idilio...
después... ¡pasan muchas cosas..!

El no perdía ocasión
de bajar hasta la aldea
fuera con o sin razón,
que si manda el corazón,
sólo hace lo que el desea.

Cada vez que la veía
el alma se le alborozaba;

mas ella nada decia,
porque es esquivia y bravía
como un rebeco la moza.

Ella lo ha notado ya,
y aunque la cara no da,
que ella sabe que es muy bella,
sabe que el cabrero está
loco perdido por ella.

Más esa esquivez ignota
a Basilio no le arredra...
¡la fuentecilla, que brota
junto al chozo, gota a gota
va socavando la piedra!

Y ya murmura la gente
que la traviesa aldeana
se marcha cada mañana,
con el cántaro, a una fuente,
que está bastante lejana.

Y hay quien la madeja enreda
diciendo: ¿qué pasará?
que está usada la vereda

F L O R D E E S P I N O

que va al valle, donde está
la fuente de la Alameda.

Y hasta dicen que el cabrero
todas las mañanas baja,
y que en el chopo primero
escribió con la navaja
este amoroso letrero:

II

¡Serranica, serranica!
la de las crenchas rizadas,
la de labios de cereza
y mejillas de manzana,
la de los ojos de mora,
la de las negras pestañas,
la del cuello alabastrino,
la de la nivea garganta,
la de los brazos torneados,
la de las manos de nácar,
la de los redondos senos,
la de cintura de palma,
la que bajas a la fuente
por un cantarico de agua,
¡serrana..! ¡yo tengo celos,
del sol que besa tu cara!

Dame tu cántaro lleno,
dame de beber serrana;
mira que estoy abrasado,
que tengo sedienta el alma

y el corazón derretido
con los rayos de tu cara...

¡Serranica, serranica,
la de las negras pestañas!
por un rizo de tu frente
diera yo la mejor cabra
de las que tronchan las flores
del citiso en mi majada...

¡Serranica de ojos negros!
ven conmigo a la montaña,
que yo seré tu serrano
y tú serás mi serrana,
y haremos juntos el queso,
y ordeñaremos las cabras,
y dormiremos la siesta
a la sombra de las hayas,
y por la noche en mi chozo
te haré una mullida cama
con las pieles de rebecos,
que yo cazo en la montaña,
y tocando mi rabel
te cantaré mis tonadas,
y los jilgueros y alondras
te cantarán la alborada...

¡Serranica..! ¡qué no diera
por esas crenchas rizadas,
por esos ojos de mora,
por esas negras pestañas!
Diérate toda mi vida,
diérate toda mi alma
¡por la dicha incomparable
de llamarte mi serrana..!

III

¡Cuántas veces asoma la aurora
nacarina y bella
derramando flores
por toda la tierra,
y luego una nube
parda, cenicienta,
va cubriendo el cielo,
y fulgura y truena,
y en noche sombría
transformó la mañana risueña,
y ruge en los aires,
y gime en la selva
el violento huracán, que descuaja
las encinas, y crujen las piedras,
y cubre el granizo
llanuras y sierras,
y tala los bosques,
y arrasa cosechas,
y mata esperanzas,
y siembra miserias!

Y ¡cuántas y cuántas
sale una cordera
dejando el rebaño,
y en una revuelta
ve brillar los ojos
del lobo que acecha,
y oye que a lo lejos
balan las ovejas
y quisiera volverse al rebaño...
y... ¡ay..! rabiosa se lanza la fiera,
que, de cuatro saltos,
en ella hace presa,
y en los matorrales
se esconde a comerla..!
¡Cuántas alegrías!
después... ¡cuántas penas..!

Ya sabe Basilio
que en la misma aldea
Manolón vivía,
hombre de alma negra,
que al ver que al reclamo
acude Marcela,
a quien él persigue
con amor de hiena,

un infausto día
de horrible tormenta
cayó como el lobo
sobre su cordera,
y con mano infame
el cuello le siega,
dejando un reguero
de sangre en la hierba...

Y... llegó hasta el chozo
la terrible nueva,
y del tosco rabel, que colgaba
de una rama, saltaron las cuerdas,
y dejaron las cabras el rumio,
¡y Basilio perdió la conciencia!

Y loco del todo
va de peña en peña
y de cerro en cerro
como ánima en pena;
y en lo alto del pico
de la Peña Negra
sentado y llorando,
ve abajo la aldea;
y tras una pausa,

como quien recuerda
días más felices,
horas más serenas,
va corriendo al chozo,
coge la escopeta
y baja hasta el pueblo
en loca carrera,
la zamarra rota,
suelta la melena;
y... dice la fama
que en la noche aquella
orilla a la fuente,
que hay en la Alameda,
hallaron dos cuerpos
tendidos en tierra:
uno... ¡de un balazol
el otro... ¡de pena..!

LA TIERRUCA

Montañas de mi montaña,
verdes orillas del Cea
que bebe de vuestro seno
su corriente clara y fresca;
hondos valles, que frondosos
hayas y robles sombrean;
fontanas, que juguetonas
borbotáis de entre las peñas
y de cascada en cascada
bajáis corriendo a la vega;
colinas, tajos, llanuras,
peñascos, en cuyas crestas
cuelga el águila su nido
de zarzales y malezas:
os recuerdo con nostalgia
desde esta llanura inmensa
de uvas y espigas doradas
que el viento mece y orea.

Si baja el céfiro blando
de la fresca primavera
me imagino que besó
la nieve de vuestras crestas
y me trae en sus tiernas alas
el polen de tus violetas.

Y si el ardoroso estio
con sus canículas llega,
me acuerdo de la frescura
de tus tupidas florestas,
y el correr de tus fontanas
y el verdor de tus praderas.
Y al ver que avanza impotente
la nube preñada y negra
le digo: ¡Preñada nube,
negra nube, ruge y truena,
sé portavoz de mis ansias,
que te oigan desde mi tierra...
mas... esconde tus granizos,
que son tus garras de fiera
con que devastas los bosques
y las campiñas asuelas!...

Y cuando viene el otoño

embozado en densa niebla,
se dice el alma a sí misma:
Ahora estarán en mi tierra
recogiendo por los montes
las carretadas de leña
que en las noches invernales
caliente a las hilanderas,
que en albarcas se dirigen
con la mazorca y la rueca
a casa del señor cura,
del tío Juan, de la tía Pepa,
o de algún otro vecino
cuya cocina se presta
para pasar la velada
moviendo el huso y la lengua...

¡Tierruca de mi tierruca!
para cantar tus grandezas
hace falta un estro de oro,
o tener el alma griega!
Pero mi naciente musa
tiene las alas tan tiernas
que no pudiendo cantarte,
de su amor te hace la ofrenda.

MARUJA

¿Te acuerdas, Maruja?
fué en la romería...
¡ibas tú tan maja
que dabas envidia!

Allí vi a Perico
el de la tía Quica
que, ronda rondando,
sin quitar la vista
de tu faz graciosa
pasó todo el día.

Y yo con cautela,
sin perder la pista
de mi dulce prenda,
la que era mi vida;
fui a pedir devoto
a la Virgencita
que no me robaran
a mi palomica...

Luego, por la tarde
¿te acuerdas, María?
orilla a la fuente
y al pie de la encina
—¿Prometes amarme
por toda la vida?
Te dije; y la sangre
tiñó tus mejillas.
—¡Seré siempre tuya!
¡oh inefable dicha!
Parecióme entonces
que en las lejanías
repetía el eco:
¡Serás siempre mía!

A UNA OLA

Ola gentil, que al rodar
tu frente de espuma llena
vienes a besar la arena,
que sirve de freno al mar;

eres la suave sonrisa
que del mar en el regazo
engendró en un dulce abrazo
una mañana la brisa;

eres místico suspiro
de alguna ninfa llorosa,
que desolada reposa
en cristalino retiro;

eres orgullo, si ensaya
erguirse tu frente henchida
¡y una esperanza perdida
cuando mueres en la playa!

Eres grata melodía
cuando en cataratas de oro
te arrastra el viento sonoro
bañada en la luz del día.

Mas si la tormenta estalla,
rugiente subes y subes,
y bajas, desde las nubes,
a saltar tu eterna valla.

Y en torno giras y giras,
rabiosa espuma escupiendo,
y, tras un poco de estruendo,
derrotada te retiras.

Y cogiendo nuevo brío
te revuelves, te encabritas,
y ronca te precipitas
al par de un toro bravío.

Y llegas hasta las rocas
sacudiendo tu melena,
pero... ¡un granito de arena
deshace tus ansias locas!

F L O R D E E S P I N O

Y rendida, te serenas
viendo tu empuje deshecho,
y vas a buscar un lecho
entre las blandas arenas.

- TABLA DE -
SALVACIÓN

¿No habéis visto al marinero,
que cruzando el mar bravío,
ve empujado su navío
de aquilón rugiente y fiero
contra un escollo con brío;

se hace pedazos la quilla
y cruje rota la antena,
y, en vez de la ansiada orilla,
ve de la mar el arena
al relámpago que brilla,

y en medio del ronco estruendo
de la tempestad sonora,
sintiendo su última hora,
se agarra, la muerte viendo,
de una tabla salvadora?

¡Jóvenes, que me escucháis
de almas nobles e inflamadas,
vos, que en este mar entráis
y, las velas desplegadas,
a la vida os lanzáis!

¿Dónde irán vuestros esquifes
de liviana juventud,
si no encontráis la virtud
de salvar los arrecifes
hasta el puerto de salud?

¡Pobres barquillas errantes
que entráis al mar de la vida,
sin más lastre a la partida
que la fe de caminantes
por una ruta escondida!

Que es el mar de las pasiones
ponto cruel, donde naufragan
los incautos corazones,
que las olas y aquilones
en negro festín se tragan.

Vosotros, cuya ventura

fué nacer de esta Castilla
en la espigada llanura,
y beber el agua pura
de su fe ardiente y sencilla;

Vosotros, los herederos
de la immaculada historia
de hijosdalgos, caballeros,
santos e invictos guerreros,
que nos llenaron de gloria:

Venid, venid presurosos,
ved que arrecia el vendaval,
si no queréis ver ansiosos
los abismos horrorosos
del cataclismo social.

Que ya zumba el aquilón,
y el trueno ruge imponente,
y en el obscuro poniente
se ve avanzar un ciclón
de furia siempre creciente.

Lívido el rayo fulgura,
y la tempestad sonora

cubre el cielo en noche obscura.
¡Ay del que no se procura
una tabla salvadora!

Venid, aquí la tenéis...
es la fe... no vaciléis;
si esta luz constante brilla
en vuestra débil barquilla
hasta el puerto llegaréis.

¡Oh fe, del cielo emanada,
oh refulgente lucero,
que iluminas al obrero
y le enseñas la jornada
hasta el puerto verdadero!

¡Baña con tus resplandores
el alma de estos viajeros,
que van, pobres marineros
por este mar de dolores,
a los celestes oteros!

:-: QUEJAS :-:

DE LA LIRA

En una grata soledad sumido
Disfrutaba el silencio y el reposo,
Sin fijeza en la mente, distraído,
Cuando llegó a mi oído
Un tierno acento débil, quejumbroso.
—¡Es raro!—¿Qué habrá sido?

A la pálida luz de la bombilla
Inconsciente volví la vista a un lado,
Y divisé un objeto arrinconado,
Ya casi carcomido de polilla.

Era mi lira, dulce compañera,
Que allá en mi edad primera
Me acompañaba siempre en mi camino,
Y con voz lastimera
Me dijo:—¡Bardo errante y peregrino!

¿Tal vez no te fué grata la armonía
De mis cuerdas sonoras?
¿Por qué pasas del día
Las fugitivas horas
Sin hacerme vibrar? Hay en mi acento
La amargura infinita del lamento
Y la radiante luz de la alegría,
El quejido del viento,
El rumor vago de la selva umbría,
El perfumado aroma de las flores,
El sonoro clarín de la victoria,
El triunfo inmarcesible de la gloria
Y la dulce embriaguez de los amores.

Es flexible la voz de mi garganta,
Suave, risueña, triste, halagadora,
Que, si sabe cantar con el que canta,
También sabe llorar con el que llora.

¿Por qué caminas solo y me abandonas?
¡Aun te esperan laureles y coronas.
Di ¿por qué te detienes?
Tal vez la gloria ceñirá tus sienes
Con diadema inmortal. Yo te lo pido
¡Sácame del olvido!

Que, aunque el desierto y árido sendero
Cubierto esté de espinas,
Será el peregrinar más llevadero
Si con luces del alma lo iluminas».

Así dijo mi lira. Repentino
Me agitó un movimiento tan profundo
En el fondo del alma, que al segundo,
Con esmerado tino,
Templé sus cuerdas y lancéme al mundo,
Por donde voy errante y peregrino
Sembrando de cantares mi camino.

AZUCENA

I

Más hermosa que en mayo la aurora,
más pura que el cielo
con su manto de azul desplegado
de estrellas cubierto,
mucho más risueña
que el manso arroyuelo,
cual hilo de plata,
que baja corriendo
sobre el verde césped
que viste mi huerto;
pues mucho más era
una niña de allá de mi pueblo
de ojazos azules
y rubios cabellos.

II

¡Miradla qué linda!
¡miradla qué bella

cuando agita suave
la brisa sus trenzas!
Su edad, siete abriles;
su nombre, Azucena.

En las frescas mañanas de mayo
todo su afán era
bajar hasta el valle
llegar a la selva,
hacer ramilletes
de humildes violetas,
de flores y rosas
que hay en la pradera,
y el alma inundada
de divina, inefable terneza,
llegar a la ermita
que hay en la ladera
y a los pies posarlos
de la Virgen bella.

¡Qué perfume exhalaban las flores,
y qué hermosas eran
en el místico aroma bañadas
de tanta inocencia!
y durante las horas del día,
oraciones tiernas
que llevaban al cielo el perfume

de su alma serena;
y al llegar la tarde
se inclinaban marchitas a tierra,
que hallaba la aurora
reemplazadas por otras más frescas.

III

Pero el mes de mayo
pasó en raudo vuelo,
y el último día
estaba cubierto
el altar de la ermita olvidada,
la grada y el suelo,
de flores marchitas,
que fueron cayendo...
¿Dónde está Azucena,
el capullo tierno,
que no trae a los pies de la Virgen
ramilletes frescos?...

Cual rosa fragante
extendió sus marchitos cabellos
sobre su alba frente
como altar de un templo...
plegó su cabeza

en un dulce sueño,
y su alma inocente,
cual sube el incienso,
a la Virgen pura
se fué a ver al cielo
¡a ofrecerle las rosas fragantes
de su puro seno!...

CANCIÓN DEL DESTERRADO

De este lejano arroyo
sentado en la ribera
¡gloriosa Patria mía!
su corriente mis lágrimas aumentan.

¡Qué importa que su sombra
me brinden las palmeras
y el sabroso fruto
que de sus ramos cuelga!

Más gratas son las fuentes
que nacen en tus selvas;
y mucho más sabrosas
las uvas y las peras,
los higos y naranjas
y las duras almendras
con que engalana otoño
tus colinas y vegas.

Orilla de estos mares
que el litoral de mi destierro besan
con saltadoras olas,
cuando la tarde llega
solitario y callado
me siento en una peña
mirando las gaviotas,
que en torno mío vuelan
semejando a lo lejos
de algún barco las velas,
que del viento empujadas
a recogerme vengan.

¡Ya tu azulado cielo
mis ojos no contemplan
ni el murmullo sereno de tus fuentes
a mis oídos llega!
¡Sólo el dulce recuerdo
de patria me consuela!
Y en la roca sentado
contempló como llegan
las turbulentas olas
a morir en la arena...
¡en ellas me figuro
mis esperanzas muertas!

y esta canción entono
nublado de tristeza,
cuando en oriente asoma
la luna soñolienta:

* * *

*¡Riberas de mi patria!
¡riberas españolas!
rodando entre las olas
escucho vuestra voz;
y añoro los naranjos
que pueblan vuestras lomas,
¡me arrastra sus aromas
el céfiro veloz!*

Oigo a un lado la brisa
que gime en las palmeras,
y rugen las panteras,
los tigres y el león,
y se oyen a lo lejos
los ecos del desierto,
que en tétrico concierto
repiten mi canción:

*¡Riberas de mi patria!
¡riberas españolas!*

*rodando entre las olas
escucho vuestra voz..!*

*¡Pluguiera a Dios que un día
hacia mi patria cara
mis acentos llevara
el céfiro veloz!*

O ya junto a la orilla
del mar, oigo las rocas
agitadas y locas
las olas azotar,
y en alas arrastrado
del huracán bravío,
allá en el mar sombrío
se pierde mi cantar:

*¡Riberas de mi patria!
¡riberas españolas!
rodando entre las olas
oid mi triste voz;
¡que tal vez algún día,
de mi barquilla cara
la vela a ti empujara
el céfiro veloz!*

¿VUELVES, BIEN MIO?

Allá del alma en el jardín ameno
Brotó de una ilusión la flor bendita,
Que con su cáliz de fragancia lleno
El alma perfumó, sed infinita
Despertando en mi pecho de poeta,
Sed insaciable, sed abrasadora,
Que enardeció mi frente soñadora
De ansiedades dejándola repleta:
Anhelos de soñar, vago delirio,
Esperanza, inquietud, desasosiego,
Recio dolor de amor, cruel martirio,
Fuertes ardores de divino fuego.

Y a tu fuente llegué, mi bien amado,
A refrescar mi espíritu abrasado,
Y al juntarse mis labios con tu boca
Se enardeció mi loca fantasía,
Y quedó derretida el alma mía
En un fuego, que casi la sofoca.....

Mas... sopló un viento helado de repente,
Y se fué amortiguando el fuego ardiente;
Y bramaron los negros aquilones,
¡Y aquella flor, que mi ilusión formaba,
Mi dulce flor de amor, se deshojaba,
Y lloré mis perdidas ilusiones!

Y al no sonar tus trinos en mi alma
Me marchité cual abrasada palma
En la ardiente llanura del desierto;
Me miré al corazón... ¡y estaba muerto!
Y a mi cuerpo, viviente sepultura,
Le inundaron torrentes de amargura
Y mis ojos hicieronse dos fuentes,
Se llenaron de lágrimas ardientes,
Que eclipsaron su luz, ¡ya no veía
Y aun llegué a preguntarme si vivía,
Que un alma sin amor es una tumba!
¡Ay de aquel, cuya flor está marchita
Y el triste corazón ya no palpita!
¡Mil veces infeliz el que sucumba
Al empuje de horrendos aquilones
Que apaguen sus ardientes ilusiones!
Ved cual camina solitario y triste,
Pálido el rostro, la mirada vaga;

A tanta desventura ¡quién resiste
Siendo mortal del corazón la llaga!...

¿Cuándo se ocultó el sol que no saliera?
¿Cuándo al rígido, helado y triste invierno
No sucedió florida primavera,
Y a las flores las mieses del verano?
Tras de la noche surgirá la aurora.
Vino la tempestad, y el árbol tierno
Doblegó con pujanza asoladora;
Pasa aquella y se yergue más ufano...
¿Puede un alma vivir sin esperanza?
¡Flor de mis ilusiones, que creía
Marchita para siempre! todavía
Revives hoy, y con mayor pujanza.

Vuelve a embriagar mi alma soñadora,
Vuelva yo a oír los amorosos trinos
Que amenicen el árbol de mi vida;
Vuelva a sentir la sed abrasadora,
Renazcan mis ensueños peregrinos,
Quede de nuevo el alma derretida
En el fuego sagrado de tu alma,
Vuelva lozana la perdida calma,
Vuelva a sentir, hasta saciar mi anhelo,

Aquella ansia mortal de tus amores,
Y entre la paz de ese futuro cielo
Los aromas juntar de nuestras flores,
¡Y en ese ardiente fuego derretidas
Verlas en una sola confundidas!

AFANES DIVERSOS

Busque el audaz guerrero, al ruido de cañones,
La gloria, que en el triunfo sus sienas orlará,
Y láncese a la lucha buscando unos galones,
Que, ardiendo en amor patrio, su sangre teñirá.

Láncese a toda vela incauto marinero,
Lejanos litorales buscando con ardor,
Sin ver que estalla el trueno y arrecia el Euro fiero,
Mostrándole la sima del ponto rugidor.

Escuche del político la voz de la oratoria,
Llevándose las masas con su lengua falaz,
Buscando las más veces, en vez de vana gloria,
Los gritos y rechiflas de crítica mordaz.

Y duérmase el avaro entre montones de oro,
¡De usuras y rapiña son el fruto quizá!
Y pase noche y día contando su tesoro,
Mientras el heredero su muerte espera ya.

A . E S C A N C I A N O

Que yo buscaré en tanto la paz dulce y sabrosa
En mi obscuro retiro, contento con amar,
Contento del cariño de mi adorada esposa,
Su frente coronando por reina de mi hogar.

LA MADRE Y EL HIJO

Allá en mis montañas, al pie del arroyo,
Que baña las casas de mi pueblecico,
En pobre cabaña vivían felices
La madre y el hijo.

Un día de otoño de vientos y lluvias
Llegó el sacerdote... llegó el Crucifijo...
Y al pie de la cama lloraba la madre,
¡Allí está su hijo!

Y el dos de noviembre salió de su casa
Llevando en la mano dos flores y un cirio,
Y sola y llorando llegó al cementerio,
¡Allí está su hijo!

Llegó el nuevo otoño con vientos y lluvias,
Y yo al cementerio mis pasos dirijo,
Pregunto al fosero: ¿no viene la madre,
Que tiene ahí el hijo?

Dejando en el suelo el pico y la pala,
Se cruzó los brazos, me miró y me dijo:
Esa cruz de leño cobija en la tumba
¡La madre y el hijo!

ROMANZA

Era por el mes de abril
en una fresca mañana,
cuando el perfume las flores
y los pájaros su charla
derraman por el ambiente
regocijando las almas.

Al pasar por el arroyo,
que baña su linda casa
circudada de negrillos,
chopos, perales y parras,
la ví por primera vez
asomada en la ventana,
más hermosa que la aurora,
y que la nieve más blanca,
y más fresca que una flor,
y más ágil que una garza.

Era por el mes de agosto,
cuando en las eras la parva
recompensa al labrador
de sus penosas jornadas.

Pasé rápido el arroyo
por entre chopos y parras,
y acercando a las paredes
una sigilosa escala,
cuando asomaba la luna
vertiendo rayos de plata
sorprendió nuestro secreto
charlando por la ventana.

Era por el mes de octubre,
cuando los vientos descuajan
los árboles, y sus hojas
amarillentas arrastran.

Por entre desnudos chopos
ví que el arroyo cruzaba
un numeroso gentío:
llevaban cuatro una caja
y en la blanca caja un cuerpo,
¡el cuerpo de mi adorada!
y... ¡se secaron los chopos,
y se secaron las parras,
y se secó el arroyuelo
y se cerró la ventana,
y se eclipsó para siempre
la luz que me iluminaba!

A UN ÁRBOL

*Vive, crece, prospera,
árbol de la ribera.*

De ti saldrá la cuna, do envuelta entre pañales
Reposará tranquila la cándida niñez,
En tanto que la madre canciones medoevales,
Dando vueltas al huso, canta una y otra vez.

*Vive, crece, prospera,
árbol de la ribera.*

Entre sus verdes ramos hará su caro nido
De musgos y pelusas el mirlo o ruiseñor,
Llenando con sus trinos el bosque adormecido,
Las lomas y praderas y el valle en derredor.

*Vive, crece, prospera,
árbol de la ribera.*

El pobre caminante, rendido de fatiga,
La senda polvorienta tal vez recorrerá

Bajo un sol ardoroso, y de tu sombra amiga
Al borde de una fuente, la paz encontrará.

*Vive, crece, prospera,
árbol de la ribera.*

Hará de tus entrañas el hábil carpintero
La cincelada mesa, en torno de la cual
Los versos el poeta, los planes el guerrero
Harán, contando avaros los ricos su caudal.

*Vive, crece, prospera,
árbol de la ribera.*

Prospera, árbol frondoso, de tí saldrá el arado,
Que guiará, entonando canciones, el gañán,
Mientras, la dura tierra moviendo del cercado,
Los bueyes perezosos con paso lento van.

*Vive, crece, prospera,
árbol de la ribera.*

Vive, árbol generoso, que la segur un día
Con golpes redoblados tu frente abatirá,
Y de tu recio flanco saldrá la caja mía,
Do mi mortal despojo descanso encontrará.

*¡Vive, crece, prospera,
árbol de la ribera!*

LA LOCOMOTORA

(A los ferroviarios católicos).

LA LLEGADA

Alzad la vista; ved, en lontananza,
Por entre los viñedos y olivares,
Blanco penacho de humo se evapora,
Que con pujantes resoplidos lanza,
Al cruzar las pinedas y encinares,
La gigante y fugaz locomotora...

Ved cómo pasa ahora
Por el puente genial, cuyos pilares
Beben las aguas del profundo río...
Ya vence la colina con presteza...
Tal un toro bravío,
Que arrogante levanta la cabeza,
Y cálidos vapores resoplando,
El suelo con las astas va escarbando...
¡Qué rápido atraviesa las montañas..!

¡Ya se pierde en el seno de la tierra,
 Buscando lo que encierra
 En sus negras y fértiles entrañas!
 Dejando atrás palacios y cabañas
 Rauda baja a la vega...
 Su estridente silbato,
 Que parece algún toque de rebato,
 Nos anuncia que llega...
 ¡Miradla..! Entró en agujas... ¡Paso ahora,
 A la rauda y genial locomotora!

EN LA ESTACIÓN

¡Hija del genio, maquina sombría,
 Que salvando barrancos y fronteras,
 Superando a las aves más ligeras
 En tu ronco rodar, veloz resbalas:
 Flotando van la pena y la alegría
 Sobre el penacho de tus negras alas!

Si es la frente del genio, que se yergue,
 Tu negra chimenea,
 Y heraldos tus faroles luminosos,
 ¡Triste es también que sea
 Del dolor el albergue!
 Pues en tu extenso vuelo

Igual llevas billetes amorosos
Que páginas de amargo desconsuelo.

Al ver la luz del mundo tu grandeza,
Las distancias quedaron suprimidas
Y el progreso y la ciencia se ensancharon,
Y con extraña y sin igual presteza
Al punto más recóndito llegaron.

LA MARCHA

Maquinista, que llevas en tus manos
La civilización recia y pujante,
Sigue, sigue adelante,
Ve cruzando las cumbres y los llanos,
Y si quieres segura
Esparcir por el mundo la cultura,
¡No olvides la gentil Guardabarrera, (1)
Que, cual faro divino,
Y de la luz mostrándote el camino
Envuelve entre los pliegues tu bandera!

(1) La Inmaculada.

EL MAESTRO

- DE ALDEA -

Yo quisiera arrancar hoy a mi lira
Las notas más sonoras de sus cuerdas,
De la aurora copiar los arboles,
Y las flores coger de la pradera,
Sorprender el arroyo en las cascadas
Al resbalar sus irisadas perlas
Jugando con el sol, que las inunda
Desde el cenit de su triunfal carrera,
Bañar mi frente en rayos de la luna
Y mi pluma empapar en las estrellas...
¡Yo quisiera reunir en estro de oro
De los mundos la música secreta
En un sublime canto de armonías...
Para cantar al héroe de la escuela!

Cante su retirada Jenofonte,
Cante Homero su Aquiles y Odisea,

Safo su amor, Anacreonte a Baco
 Y Virgilio las glorias de su Eneas;
 Dante a Beatriz, Jerusalén el Tasso,
 Horacio su Falernio y su Mecenas;
 Garcilaso sus Eglogas entone,
 Sebastián y Lepanto el divo Herrera,
 Guadalete Fray Luis de pluma de oro...
 ¡Que yo cantaré al héroe de la escuela!

Es el maestro institución divina,
 Luz, que de la ignorancia en las tinieblas
 Sirve a las almas de seguro faro
 Por la selva intrincada de la ciencia;
 Pebétero balsámico, que calma
 Con sus perfumes del dolor las huellas,
 Las almas inundando de fragancia
 A imitación de Aquel que en Galilea
 Se proclamó Maestro, y a los niños
 Profesaba cariño y preferencia.

Subid a las montañas escarpadas,
 Y allá, perdida en olvidada aldea,
 Se alzaré su silueta majestuosa,
 Cual se alza en el desierto la palmera,
 Cobijando al abrigo de su sombra

Los tiernos arbolitos de la escuela,
Fresco jardín de juveniles almas,
De donde ha de surgir la patria nueva.

Y después de pasar algunos lustros
Mártir de su trabajo y su paciencia,
Ocupado en formar generaciones
De cuerpo vigoroso y alma recia,
Tras de vivir sembrando beneficios
Para coger ingraticudes negras,
Llega de la vejez el crudo invierno,
Que lento va nevando su cabeza,
Recibiendo por premio el triste olvido,
Cual planta que nació en extraña tierra.

Anciano encanecido, en cuya frente
Refleja de los héroes la grandeza,
¡Ante tí reverente me descubro
Y humilde postro mi rodilla en tierra!
¡Oh templo del saber, santuario augusto
De abnegación, de celo y de paciencia!
La aureola de gloria que te ciñe
Es de tu galardón segura prenda;
Me pareces al sol, que entre celajes
De blancas nubes al ocaso llega

Después de haber iluminado al mundo
Tras larga y brillantísima carrera...
Has sido confesor, mártir y apóstol
¡Gloria inmortal al héroe de la escuela!

LA MENDIGA

Por el camino de polvo lleno,
Que la pradera surca en zis-zás,
Con pobre fardo, que el cuerpo encorva
Una mendiga se ve marchar.
Ya despiadado lance sus rayos
El sol ardiente, canicular;
Ya zumbe recio del crudo invierno
Entre los árboles el vendaval;
Ya se engalane la primavera
Y de colores vista el rosal;
Ya como manto de helado soplo
Cubra los valles niebla otoñal:
Vereisla errante por el camino,
¡Pobre mendiga!.. ¡no tiene hogar!..

Nudoso báculo lleva en la mano,
Que la sostiene al caminar,
Llega a una casa, llama a la puerta:
—¡Una limosna por caridad!

—¡Dios la socorra!—responden dentro;
 Y la mendiga vuelve a marchar.
 —Oígame, hermano, que está nevando,
 El viento arrecia, y es tarde ya...
 Déjeme al menos pasar la noche...
 En cualquier sitio... ¡en el portal!
 ¡Soy una anciana!.. ¡no tengo a nadie!
 ¡Pobre mendiga, no tengo hogar!..

Pasa la noche, llega otro día,
 Y la mendiga vuelve a marchar:
 —Adiós, hermano, Dios se lo pague,
 Que es muy hermosa su caridad.
 Unos harapos cubren sus carnes,
 Tiembla de frío, descalza va.
 En cruda noche del mes de enero.
 Quedó dormida ¡en un corral!..
 Llega la aurora... sigue nevando...
 Y las campanas doblando están...
 Blanco sudario cubre a la anciana,
 Y entre los silbos del huracán
 Cantaba un ángel:— ¡Feliz mendiga!
 ¡Allá en el cielo tiene su hogar!

POBREZA

(A las damas del ropero escolar.

Para recitar un niño).

Venid conmigo un momento
a una ciudad de Judea.

¡Mirad! Allá en una gruta
envuelta en densas tinieblas,
en pobre montón de pajas
un párvulo se recuesta;
cerca de El dos animales,
que de su aliento le prestan
el débil calor; sobre El
reclinada una Doncella
más hermosa que una aurora
y más grande que una reina.

Es el rigor del invierno.
Los campos y las aldeas

están cubiertas de nieve,
y por las profundas grietas
del portalón derruido
un viento helado penetra.

De frío está tiritando,
bañan sus ojos dos perlas,
que se cuajan al rodar
por sus mejillas de seda.

—¡Niño bajado del cielo,
cuánto el amarnos te cuesta!
¿Porqué has dejado las nubes,
que en tu trono te rodean
en el cielo? ¿a qué has venido?
¿qué buscas en esta tierra?
Y, ya que has venido a vernos,
tu majestad y realeza
no ocultes; busca un palacio
o alcázar, que digno sea
de dar albergue cumplido
a un Rey de tanta grandeza.

Así le hablaba yo al niño,
ante El prosternado en tierra.
Mirándome dulcemente,

con el dedo de su diestra
escribió en el corazón
esta sublime respuesta:

— Vete y anuncia a los hombres
que vine a enseñar la senda
del cielo, que hay una sola,
y esta sola es... ¡la Pobreza!
Dí que he querido ser pobre,
que yo abracé la indigencia,
que es senda de sacrificio,
dolor, lágrimas y penas;
dile al pobre que se enjugue
sus lágrimas, que la tierra
es vía de caminantes
que van de paso, y no teman;
que yo suscitaré almas
caritativas y tiernas,
que sus lágrimas recojan
y socorran su indigencia;
que soy niño, y a los niños
profeso amistad sincera.

Así me dijo aquel Niño;
y hoy veo que sus promesas

se cumplen como predijo,
todas al pie de la letra.

Nobles damas castellanas,
las más nobles que recuerda
toda la historia del mundo:
que exclusiva es de esta tierra
la nobleza y la hidalguía
cristiana, franca y sincera;
permitid que en pobres frases
exprese mi torpe lengua
la gratitud que nos baña
y el placer que nos anega.

Bien se ve que descendéis
de Isabeles y Teresas,
gloria de las castellanas,
y de nuestra raza entera;
que desde vuestros palacios
bajáis a la triste esfera
donde luchamos los pobres
contra el hambre y la miseria,
trayéndonos pan y ropas
y palabras que consuelan.

Si de nuestra gratitud
quereis tener una muestra,
os damos el corazón
nuestra más preciosa prenda.
¡Unico bien que tenemos,
pobres niñas de la escuela!

SALVE, MATER

Yo me proclamo pregón
de Castilla y de León.

¡Salve, invencible León!
¡Salve, Castilla la Vieja,
escuela del heroísmo
y solar de la grandeza!

Hoy quiero entonarte un himno,
¡bendita y gloriosa tierra!
mas me siento anonadado
y se me traba la lengua.
Quisiera que me inflamara
el fuego de los poetas,
quisiera ser un Homero
y que templara las cuerdas
de mi lira el entusiasmo,
que fueran como saetas
mis palabras, que volasen,
portavoz de tus grandezas,

por tus extensas llanuras,
por tus escarpadas sierras,
desde Logroño a Zamora,
desde Avila a las arenas
que el Cántabro proceloso
con rugientes olas besa;
que sacudiera las almas,
que despertara mi tierra
a quien tiene en vil letargo
el peso de sus grandezas.

¡Castilla, heroica Castilla!
Tú, que fuiste en la edad media
la maestra de los reyes
y el asombro de la tierra
¿por qué callada dormitas
embozada entre las nieblas
del crudo invierno..? ¡levanta
tu augusta frente! ¡despierta
de ese profundo letargo,
que te aniquila! ¡no temas!
Dicen que estás ya cansada,
dicen que estás ya muy vieja:
¡no hagas caso de follones,
que denigrarte quisieran!

Que también en el invierno
cubre la nieve las sierras,
los árboles se despojan
de sus galas, y la selva
queda desnuda, y los campos
están tristes, las praderas
no se engalanan de flores,
la llanura está desierta
y arrebujada entre brumas,
y la soledad, que reina
por los contornos, un tinte
pone de inmensa tristeza.

¡Aguarda, no te impacientes!
ya vendrá la primavera,
que con su mágica vara
hará brotar las violetas,
reverdecerán los campos,
se adornarán las praderas,
se derretirán las nieves,
se vestirán las florestas,
se ataviará la llanura
más pomposa que una reina,
y en un nuevo paraíso
se convertirá la tierra...

¿Quién te ha llamado infecunda?
¿quién te ha tildado de vieja?
¡aun hay fuego en tus entrañas!
¡aun corre sangre en tus venas!
¡aun te sientes vigorosa
y está tu frente tan bella
como en tus felices días
de las edades aquellas
en que produjiste al mundo
más guerreros y poetas
que luceros tiene el cielo
y que el mar tiene de arenas!

¡Castilla, hermosa Castilla!
voz, que a mis oídos suena
como arrullo de paloma,
como murmullo de selva,
como rumor de fontana,
como dulce cantilena:
¡surge ya de tu letargo!
¡saca fuerzas de flaqueza,
y verá de nuevo el mundo
que eres siempre la que eras,
y que aun puedes dar a luz
santos, sabios y poetas!

que es que estabas descansando,
pero que no estabas muerta,
que vas a surgir de nuevo
más hermosa, más excelsa...
¡hasta que llene tu nombre
la redondez de la tierra!

EL REMOLINO

Incauto marinero
que de contino
vas surcando las ondas
del ancho mar;
¡no te acerques al borde
del remolino,
vuelve atrás, que algún día
te va a tragar!

* * *

Esta era Laura; alegre
como un jilguero,
el tipo más perfecto
de la mujer,
la perla más hermosa
del Sardinero,
la flor más delicada
de Santander.

El pescador Juanillo
 le dijo un día
 con ardientes palabras
 de puro amor:
 —Linda flor, que sembrando
 vas la alegría,
 oye el rudo lenguaje
 de un pescador:

No vayas por las calles
 con las sardinas,
 Laura, más halagüeña
 que la ilusión,
 que te punzas las manos
 con las espinas
 ¡y han clavado tus ojos
 mi corazón!

Vente a la mar conmigo,
 linda chiquilla,
 que necesito ayuda
 para pescar,
 y serás el encanto
 de mi barquilla,
 cuando el viento la empuje

por alta mar.

En las noches serenas
cuando la luna
bañe el lejano oriente
de resplandor,
en las ondas tranquilas
de esa laguna
se mecerá la barca
de nuestro amor.

No temas el empuje
de la tormenta,
ni los recios embates
del aquilón,
ni las crispadas olas,
¿que te amedrenta,
si te lleva guardada
mi corazón?—

Otras mil cosas bellas
dijo el barquero
y Laura sus palabras
llegó a creer;
y llegó a ser la perla
del Sardinero

la envidia de las mozas
de Santander.

* * *

Azotaba las rocas
el oleaje,
el cielo está cubierto,
furioso el mar.
Juntos van los amantes,
pero el coraje
de Juan vence las olas
con su remar.

¡Ya centellea el rayo!
¡ya rueda el trueno!
¡una sima profunda
se abre a sus pies!
y Juanillo el barquero,
siempre sereno,
impide que su barca
dé de través.

—¡Vuelve, Juan, que te espera
negro destino!—
en el fondo del alma
dijo una voz.

¡Ya es tarde!... ¡desgraciados!...
¡un remolino
amantes y barquilla
tragó veloz!

Se crisparon las olas,
olas gigantes,
como nunca se vieron
en alta mar.
Y... ¡dicen que las sombras
de los amantes
visitan por las noches
aquel lugar!

EL OTOÑO

¡Qué triste es el otoño
con sus lluvias y vientos!
Perdióse entre las nubes
el claro azul del cielo
y un manto de tristeza
envuelve el universo.

La fugaz golondrina,
el pintado jilguero,
la tórtola, la alondra,
los tordos, los vencejos
cesaron en sus trinos,
dejaron sus conciertos;
no se oyen en la loma
los cantos del boyero
ni en la verde campiña
retozan los becerros.

Perdió el color el campo,
las flores se murieron,
do quier vuelvo la vista

todo es triste desierto.
Las viñas, los negrillos,
los robles del otero
han perdido las galas
que un tiempo los vistieron
y aparecen desnudos
cual negros esqueletos.
¡La tierra es el trasunto
de un vasto cementerio!
¡Qué triste es el otoño
con sus lluvias y vientos!
¡nada alegre la vida!
¡todo parece muerto!...
¡Pues tal es el estado
del alma del ateo,
que de paso en el mundo,
no ve la luz del cielo!

FLOR DE AMOR

Me gusta la primavera,
porque cuando abril asoma
reviste el prado y la loma,
el otero y la pradera
de flores mil, que su aroma
esparcen por el ambiente,
es más luminoso el día,
corre más clara la fuente
y de cantos y armonía
llena la selva sombría
de aves la parlera gente,
¡hay un sol resplandeciente,
luz, aroma y armonía!
Y se llena de placer
el corazón al mirar
tanta belleza sin par,
al ver las flores nacer
al oír tanto cantar...

Mas tanta flor en el prado,

tanto aroma, tanta fuente,
tanta luz en el ambiente,
tanto vistoso collado,
tanto placer que se siente
dejan no sé qué sabor
de nostalgia, de amargor,
dejan un triste vacío
¡por qué el ardoroso estío
lo agosta con su calor!
Y es que las flores vistosas
que engalanan la colina,
tantas violetas y rosas,
tantas cosas primorosas
tienen la muerte vecina.
Es que la flor de la loma,
que la vista recreó,
entre zarzales nació,
y al esparcirse su aroma
marchita al suelo cayó.

Por eso no quiero dar
a mi cariño una flor,
que se puede deshojar,
de las que suelen brotar
de abril al dulce calor.

Yo una flor vengo a ofrecerte,

F L O R D E E S P I N O

flor que nunca se marchita,
que brota solo con verte,
flor de amor de un alma fuerte,
que sólo por ti palpita.

Flor que no deja vacío,
flor, que no agosta el estío,
flor siempre fresca y lozana,
¡esta flor dulce y galana
es la que ofrecerte ansió!

IMPOSICIONES

Conozco un libro francés,
el *Emile* de Rousseau,
gran escritor ginebrés,
que en Pedagogía es
una autoridad; más yo,
al ver su filosofía,
estoy por volverme loco,
y hasta he dado en la manía
de sí en broma lo diría
o yo en esto entiendo poco.
Áfirma el libro en cuestión
*«que hay que dejar, a la edad
en que el niño da el Catón,
en perfecta libertad
en cuestión de religión»*,
y me ha chocado en verdad;
según esta autoridad
«eso es una imposición.
El niño la elegirá

cuando sepa discernir».

Yo me pongo a discurrir,
y, o no lo entiendo quizá,
o tengo que deducir
lo que aquí seguido va.

—Que no opino como él,
pues me dicta mi razón
que es también *imposición*
que en vez de darme un pastel,
chupe por el biberón,
o que me llamen Manuel
queriendo ser Pantaleón.
Porque, según la opinión
del gran escritor suizo
¿acaso me consultaron
el día de mi bautizo?
¿por qué Manuel me llamaron?
¿bien se *impuso* quien lo hizo!
pero a mí me reventaron,
¿porque no me satisfizo!

¡Juan! si tu filosofía
no me aporta más razones,
te convencerás que hoy día
todo son *imposiciones*;
¡proclamo la rebeldía!

¿Por qué por tal o cual ciencia
 he de empezar a estudiar?
 ¿es coartar mi conciencia!
 ya me dirá la experiencia
 por dónde debo empezar;
 y, si no empiezo ¡paciencia!
 ¡nadie me puede obligar!

Como tampoco es humano,
 porque lo hable mi vecino,
 tener que estar de continuo
 escuchando castellano,
 ¿Y si a mi me gusta el chino?...
 ¿si quiero ser africano?...

Porque, puesto a razonar,
 mi hermana puede llevar
 en la cabeza la falda,
 en las piernas el collar
 y la pechera a la espalda;
 y por la misma razón
 es también *imposición*
 que en vez de ropa talar,
 o lo que quiera gastar,
 lleve un hombre pantalón;
 y eso que es frecuente ver
 y ya casi está de moda

¡se los ponga la mujer
la noche misma de boda!

En mi opinión de poeta
(y no me faltan razones,
pues no tengo una peseta)
esta es la cuestión concreta:
¡solo admito *imposiciones*,
que me aumenten la libreta!

TARDE DE ALDEA

El sol se ha escondido
detrás de aquel cerro
y unas nubecillas
flotan en el cielo.

Es tarde de calma,
tarde de silencio,
una plácida tarde de otoño;
un dulce misterio
envuelve la aldea;
salen de los techos
hilitos de humo,
y se oye a lo lejos
sonar las esquílas,
balar los corderos
y el dulce murmullo,
del claro arroyuelo
que a la alegre aldea
le sirve de espejo.

Ya a brillar empiezan

algunos luceros,
 y el toque del Angelus
 dice a los labriegos:
 ¡trabaja en la tierra
 y piensa en el cielo!

Un silbido resuena en los aires,
 vigoroso, recio,
 y los corderillos
 cogen el sendero,
 que en suave pendiente
 desciende hasta el pueblo.
 Los chiquillos salen,
 que como diablejos
 los hacen saltar asustados,
 poniéndose en medio.

Pero de repente
 la voz de un abuelo
 que lleva en los brazos
 al último nieto,
 deja a los rapaces
 temblando de miedo.
 — ¡Oye, tú, Francisco!
 ¿Ha venido el negro
 de la oveja *rucia*?

— No le he visto, *agüelo*.

—Búscales en seguida;
vete a ver al corral del *tío* Pedro,
y dile a tu madre
que traiga el puchero
de ordeñar las cabras.

¿El grande?—El pequeño...
Y llega la noche,
y aumenta el silencio,
sólo interrumpido
si ladra algún perro.

Allá en la cocina
arden gruesos leños
de roble, y en torno
hierven los pucheros.
—¿Todos han venido?
Pregunta el abuelo.
—Todos. Y a su lado
se sientan los nietos:
Luis en sus rodillas,
que es el más pequeño,
Pepe en la banqueta,
Froilán en el suelo,
Paco en el escaño,
formalito y serio;
y mientras la madre

A . E S C A N C I A N O

con celoso esmero
arregla las sopas
y frie el pimiento,
se reza el rosario
con profundo y devoto respeto.
¡Oh santas costumbres
de nuestros abuelos!
Y luego se cena,
dan gracias al cielo,
se charla un poquito,
se cuenta algún cuento,
y se van con el alma tranquila
a buscar el lecho.

EPÍSTOLA A JUAN PUEBLO,

:--: EL HIJO PREDILECTO DE CASTILLA :--:

Tienes, Juan Pueblo, un alma ardiente y noble
Mezcla eres de hijodalgo y de pechero
Y de una fe robusta como un roble.

Hoy esta carta dirigirte quiero,
Juan de mis entretelas, y confío
La habrás de saborear como yo espero.

Permite que te llame hermano mío,
Pues nos da de comer el mismo grano
Y nos da de beber el mismo río;

Que hay en mi voz acento castellano,
Y no hay de las grandezas de mi tierra
Ninguno que se sienta más ufano.

Aunque nací en la falda de una sierra,
Desde allí contemplaba la llanura
Con todas las grandezas que ella encierra,

Y prendado quedé de su hermosura,
Pues en mi despertó un amor inmenso,
Amor casi rayano en la locura.

Y no es que yo pretenda darte incienso,
¿O has olvidado ya tu ejecutoria?
¡Me veo al recordártela suspenso!

Ni te creo tan falto de memoria
Que teniendo corona en tu cabeza,
No tengas ni aun recuerdo de tu historia.

¿De dónde has heredado la realeza?
¿Quién coronó tu frente soberana,
Si no es que asombró al mundo tu grandeza?

Dí ¿quién barrió la raza musulmana,
Cual violento huracán un remolino
De polvo? ¡Tu pujanza castellana,

Que sembró de laureles el caminol
Eres hijo de raza de titanes
¡Y cubrirte de gloria es tu destino!

De tí salieron Cides y Guzmanes,

Cuya sangre circula por tus venas;
Juan Pueblo ¡rinda honores a sus manes!

Tú, que nunca supiste de cadenas,
Tú, que naciste libre, y tu terruño
Vas cultivando con dolor y penas

Apoyando en la esteva el recio puño
Que supo un día manejar la lanza,
¡Del trabajo no temas el rasguño!

Abre tu corazón a la esperanza,
No dejes de mirar siempre adelante,
Que el mayor de los males es la holganza.

Hay quien te llama atávico, ignorante,
Hay quien no reconoce tus virtudes,
Hay quien cátedra puso de pedante

Y quiere amartelarte, no lo dudes,
Y erguirte en escabel para sus fines,
Juan; que, si tu letargo no sacudes,

No faltarán un día mandrines,
Que vengan revestidos de corderos.
¿No los oyes aullar en tus confines?

A . E S C A N C I A N O

No escuches pajarracos agoreros,
Escarba de tu hogar en las cenizas,
Rescoldo, do templaron tus guerreros

Su espíritu indomable, que hizo trizas
A quien quiso despótico y tirano
Ponerte un yugo.—¿Qué me profetizas?

Preguntarás.—No soy profeta, hermano.
Mas puedo asegurarte con franqueza
Que si no olvidas que eres soberano,

Y que brilla en tu frente la realeza,
Que en virtud y valor eres fecundo,
¡Coronarás de nuevo tu cabeza,
Volviendo a ser la admiración del mundo!

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo.	5
A mi libro.	9
Flor de espino.. . . .	13
Aspiraciones.	15
Mi musa.. . . .	17
Yo quisiera tener una niña.	21
El niño.	29
La campana.. . . .	35
Basilio.	37
La tierra.. . . .	51
Maruja.	55
A una ola.	57
Tabla de salvación.	61
Quejas de la lira.. . . .	65
Azucena.	69
Canción de destierro.	73
¿Vuelves, bien mio?.	77
Afanes diversos.	81

	<u>Págs.</u>
La madre y el hijo.	83
Romanza.. . . .	85
A un árbol.	87
La locomotora.. . . .	89
Al maestro de aldea.	93
La mendiga.. . . .	97
Pobreza.. . . .	99
Salve, Mater!	105
El remolino.. . . .	111
El otoño.. . . .	117
Flor de amor.	119
Imposiciones.	123
Tarde de aldea.	127
Epístola a Juan Pueblo.	131



En preparación

ROSAS Y CRISANTEMOS



A. E.



FLORES
DE
ESPIÑO



9
8
5
3
4
G